

DÍA 8º LECTURA DE LA REALIDAD EN CLAVE TRINITARIA. TRAMA DE RELACIONES, VIVIR EN COMUNIÓN, SER IMAGEN DE DIOS UNITRINIDAD

Magisterio del Papa Francisco

Presenta el Papa, en los puntos conclusivos de *Laudato si*, a un Dios Padre que crea familia, que es Hijo en relaciones de fraternidad, que es Espíritu, ánima de la comunidad. Se refiere a un Dios siempre en relación con los hombres, que ha creado para la felicidad en armonía con el universo, que lleguemos a la plenitud como personas. Dios no se define por el dominio sino por el amor y el deseo de colmar de vida cuanto ha creado, particularmente al ser humano, que es imagen de su realidad trinitaria. A esta temática dedica todo el apartado VII *La Trinidad y la relación entre las criaturas*:

“El Padre es la fuente última de todo, fundamento amoroso y comunicativo de cuanto existe. El Hijo, que lo refleja, y a través del cual todo ha sido creado, se unió a esta tierra cuando se formó en el seno de María. El Espíritu, lazo infinito de amor, está íntimamente presente en el corazón del universo animando y suscitando nuevos caminos” (n. 238). “Para los cristianos, creer en un solo Dios que es comunión trinitaria lleva a pensar que toda la realidad contiene en su seno una marca propiamente trinitaria. San Buenaventura llegó a decir que el ser humano, antes del pecado, podía descubrir cómo cada criatura «testifica que Dios es trino» ... El santo franciscano nos enseña que *toda criatura lleva en sí una estructura propiamente trinitaria*, tan real que podría ser espontáneamente contemplada si la mirada del ser humano no fuera limitada, oscura y frágil. Así nos indica el desafío de tratar de leer la realidad en clave trinitaria” (n. 239). “Las Personas divinas son relaciones subsistentes y el mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones. Las criaturas tienden hacia Dios, y a su vez es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, de tal modo que en el seno del universo podemos encontrar un sinnúmero de constantes relaciones que se entrelazan secretamente. Esto no sólo nos invita a admirar las múltiples conexiones que existen entre las criaturas, sino que nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización. Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. Así asume en su propia existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creación. Todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad” (n. 240).

Experiencia y testimonio de Francisco Palau

El testimonio del beato Palau sobre la imagen de Dios, en sus escritos y en su vida, ha de ser calibrado en gradual proceso espiritual, transformación evolutiva. Articulación de un Dios abstracto, belleza infinita deseada e inalcanzable, al Dios buscado y defendido en su causa, al Dios justicia que requiere reparación y perdón de la iniquidad del hombre, al Dios creador y providente comprometido en la reedificación de su obra y en la redención del ser humano, objeto del anuncio evangelizador, hasta alcanzar cumbre en la experiencia de un Dios Trinidad, presente en la criatura humana, hecha a su imagen y semejanza: un Dios interrelacional, unitrinario, Dios Padre que crea el mundo para felicidad del hombre, Dios Hijo que se entrega para salvar al hombre, Dios Espíritu que anima y sostiene la vida del hombre. La experiencia trinitaria y su visión impresa en el ser humano supone el cenit en el proceso humano y espiritual de Francisco Palau, la culminación de su magisterio doctrinal y carisma eclesial. Llegado a este punto, entró en el mayor y más expresivo de los silencios; interrupción sin proceso de continuidad y sin aclaración alguna de sus páginas más íntimas en *Mis relaciones con la Iglesia*. La máxima palabra había quedado plasmada, a la mente y al corazón no les quedaba más que contemplar, amar y servir. Algunos textos,

cronológicamente tomados en sus escritos, muestran este proceso. En ellos el Dios Trinidad está presente, aunque se patentiza la evolución tanto en el contenido como en la vivencia experiencial:

En *Lucha del alma con Dios*, dirigiéndose a personas comprometidas en la oración de intercesión en favor de la paz, como “almas poseídas por el Espíritu Santo” (Carta de un director, 19): “¿Dejará de enviarles a Jesús, para que den fuertes gritos a sus oídos, diciendo: «Salvadnos, ¿Señor, que perecemos» [Mt 8,25]? Y, clamando en sus corazones con gemidos inenarrables, ¿no las enviará al Padre para que le digan aquello del profeta Joel: «Perdonad, Señor, perdonad a vuestro pueblo» [Jl 2,17]” (Id, 18).” Los médicos de la madre espiritual de V. no son otros que el Padre eterno y su unigénito Hijo, y su medicina la oración en virtud del Espíritu Santo. Y esta oración dirigida debidamente al Padre y al Hijo para su remedio es medicina tan eficaz que ella sola basta para curarla enteramente de todas sus llagas” (Id, 21). “Ha de luchar con el omnipotente Dios Padre para que, en desagravio de las ofensas de la nación, se digne aceptar por paga y, en precio de redención, a su Hijo Jesús; y aplicar a nuestra patria los méritos de su pasión y que, convirtiendo su ira sobre la cabeza de nuestros enemigos, pronto le veamos hecho un Dios de paz, de bendición y de salud. Por fin, ha de luchar con el omnipotente Dios Espíritu Santo para que se derrame sobre los corazones de todos los fieles españoles, les dé fuerza para resistir a los terribles combates a que los ha expuesto la Providencia... Si con la fuerza de la oración sabe V. mover al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo y a toda la corte celestial a que con su protección sean una muralla pro domo Israel [Ez 13,5] impenetrable al enemigo” (Id, 13). “El Espíritu Santo es el principal director en esta lucha. El es quien envía las almas al Padre y al Hijo y en ellas negocia con los dos la salvación del cuerpo que anima, que es la Iglesia. Sólo él es el que pide bien en nosotros, y sólo por su virtud y moción es como pedimos [Rom 8,26] debidamente y alcanzamos cuanto pedimos” (Id, 17). “El principal director y maestro en esta tremenda lucha no es otro que el Espíritu Santo. El es el que conduce las almas a esta arena; el que les enseña las reglas de la táctica espiritual que deben observar para que logren el triunfo; y el que, hecho un mismo espíritu con el alma, le da fuerzas para batirse y vencer al omnipotente Dios Padre y al omnipotente Dios Hijo” (Id, 28). “Cuidado, hija mía, que piense V. que ha de luchar con solas sus fuerzas. Sería esto la locura más estúpida que se ha visto. No es así. Se ha de presentar V. al omnipotente Dios Padre enviada por Jesucristo su Hijo, Dios igualmente omnipotente, y movida y fortificada por la virtud del Espíritu Santo, Dios omnipotente, que es el que ora en nuestros corazones con gemidos inenarrables [Rm 8,26] por las necesidades del cuerpo que anima, que es la santa Iglesia.” (Conferencia 3ª, 37; cf. 81; 84, etc.).

En *La Escuela de la virtud vindicada*, enseñanza catequística para adultos en base a la práctica de las virtudes, individual y socialmente: “La fe, la esperanza y la caridad, auxiliadas de los dones del Espíritu Santo que les corresponden, le espiritualizan [al ser humano], le divinizan y le unen con Dios; la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza le rectifican en los deberes que tiene para consigo mismo y para con sus semejantes” (II, 15). “Su luz descubre al hombre viador estas tres líneas: la vía recta; los precipicios de la derecha, que son los excesos, y los despeñaderos y montes inaccesibles de la izquierda, que son los defectos. El exceso y el defecto son los dos extremos por donde se extravía el que pierde el camino” (II, 29). “En la Iglesia, mientras se conserve católica, el Dios de la Majestad tiene su trono y altar; el Hijo de Dios su palacio; el Espíritu Santo su templo; y éstos edificios son de tal grandeza y magnificencia cual corresponde a la soberanía de Dios uno y trino; y éstas obras están construidas y formadas, no de piedras sino de corazones humanos” (II, 38). “Las doctrinas relativas a la divinidad de nuestra santa Religión, presentadas en cuerpo a la vista del que ya cree, ofrecen a su contemplación un cuadro bello, atractivo, halagüeño y encantador, y abren a su inteligencia un cielo nuevo, donde con un solo golpe puede, bajo el velo de la fe, ver a Dios, Ser Supremo, infinito e inmenso, uno en esencia, trino en

personas, sus atributos, sus infinitas perfecciones, su providencia y todas las relaciones que median entre el Criador y sus criaturas” (II, 48).

En *La Iglesia de Dios*, álbum de láminas para presentar la belleza de la Iglesia y su edificación en el tiempo como obra apostólica: *“Siendo la Iglesia santa obra ad extra de la Santísima Trinidad, entran en ella bautizados de las cuatro partes del mundo en el nombre de las tres personas Padre, Hijo y Espíritu Santo, por mano apostólica. Cuanto se hace por los Apóstoles para edificación de la Iglesia, todo va en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (lámina 10). “Dios trino y uno nos santifica por mano Apostólica” (lámina 12). “Allí [en la Jerusalén celeste] veremos de un golpe de vista el objeto de nuestro amor, que es Dios y los prójimos constituyendo en Jesucristo cabeza una sola cosa, que es su Iglesia. En constituyendo un solo cuerpo bajo Cristo, su cabeza, veremos la Iglesia triunfante glorificada en su carne inmortal... Conocerá el hijo a esta su tierna Madre y Virgen Purísima, allí el amante se sentirá reposar en el pecho y en los brazos de esta Esposa siempre fiel; en ella verá una belleza indefinible e indescriptible. En la Plaza de esta Ciudad de paz, la beatísima Trinidad nos descubrirá sin velos la Iglesia santa. « Eres tú, -le dirá el Padre- mi hija predilecta, reposa en mi seno; «Qué eres bella, esposa mía, amada mía! -dirá el Hijo-, descansa en mis brazos»; y el Espíritu Santo, poniendo de manifiesto toda su gloria, nos la presentará como el templo escogido para su mansión... Allí nos veremos unos a otros, todos reunidos por el Espíritu Santo, como familia ante su Padre.” (lámina 17,3).*

En *Mis relaciones con la Iglesia*, escrito por excelencia en la experiencia mística eclesial palautiana, que encierra el máximo de su magisterio sobre la Iglesia, obra de la Trinidad. Ella, en cada hombre y mujer, es la imagen viva de Dios Uno y Trino, proyectada en la humanidad, comunidad de prójimos, para liberación plena de un universo cuyas criaturas han de redescubrirse en su realidad de imágenes de la belleza divina: *“Tu Amada es Dios y tus prójimos. Tu Amada es la Hija única del eterno Padre, Dios formando cuerpo moral con tus prójimos y éstos uno en Dios. La congregación de todos los prójimos unidos a Cristo, su Cabeza, es tu Amada... El Padre es el principio de donde procede. El Hijo es su Cabeza. El Espíritu Santo es el alma que la vivifica. La Trinidad ha impreso en ella su imagen, y es bella como Dios, amable como la divinidad. Es una en Dios trino y uno” (10,5). “En ti el amor es el Espíritu Santo, que, derramándose por todos los miembros de tu cuerpo, corresponde con amor al que ama... El Espíritu Santo, persona tercera de la Trinidad te da vida, movimiento, virtud, gracia y gloria..., eres una inteligencia, y ésta está en tu cabeza que es Cristo, Hijo de Dios vivo, y hombre Hijo de María Virgen; y con el Hijo y el Espíritu Santo está el Padre, como principio de donde proceden los dos; en ti, contigo y por ti obra Dios Trino y Uno, y fuera de ti no hay salvación, vida ni felicidad, sino agitación y tormento eterno.” (22,20)”. “Para que la imagen viva de Dios fuese perfectamente representada, Dios comunica a los escogidos sus infinitas perfecciones. No siendo una sola criatura capaz de representarlas todas, crio muchas... Las perfecciones y atributos de Dios comunicadas a toda la congregación de los santos del cielo y justos de la tierra, que es la Iglesia, forman en ellos la imagen viva de Dios trino y uno. La imagen de Dios es una sola en todo el cuerpo de bienaventurados y una misma en cada uno de ellos, porque en todos están los caracteres especiales que la constituyen: «Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra» [Gn 1,26]... En cada uno de los predestinados está la imagen de Dios en esencia... Siendo Dios y los prójimos, esto es, la Iglesia santa, la imagen viva y acabada de Dios trino y uno y el objeto esencial y accidental del amor del hombre viador, la presencia de la cosa amada por fe en él produce el amor perfecto entre los dos amantes; y los dos son el espejo donde mira Dios Trino y Uno su imagen y se complace en ella” (22,31-32).*